

Porque la imagen, que es la verdadera alegría del poeta, su actividad lujosa en el momento de la creación artística, no puede ser un don negado a quien es hoy, indiscutiblemente, uno de los más altos poetas de la lengua castellana.— *R. M. F.*

## HISTORIOGRAFIA

LA MASONERÍA EN CHILE, por *Benjamín Oviedo Martínez.*

678 páginas destina Benjamín Oviedo a historiar la Masonería chilena hasta el año de 1900 (1). Esas páginas tienen, no obstante, una clara justificación. En Chile—tierra de historiadores—la Historiografía se ha estancado en el aspecto político y militar; es una historia de hechos externos. Falta extraer a la superficie histórica la vida interna de la sociedad, aquello que no suele encontrarse en el documento público o en el diario, lo que don Miguel de Unamuno ha llamado con palabra insustituible: la «intrahistoria». Recientemente los intelectuales chilenos, como antes los argentinos y bolivianos, pedían a ese definidor de países que es el Conde de Keyserling que nos definiera, porque con tantos volúmenes de Historia a la espalda, aún ignoramos lo que somos. La inmensa obra documental de Medina, en cuya importancia no se insistirá bastante, ha aportado las fuen-

(1) *La Masonería en Chile. La Colonia. La Independencia. La República.* Primera parte hasta 1900. Santiago, 1929.

tes para esa labor de interpretación científica de la vida hispano-americana, por lo menos durante el período colonial, pero a la sombra opulenta de Medina sólo se han amparado personas bien intencionadas y laboriosas si se quiere, pero que no saben escribir historia. Y no saben porque con la sola compulsión de documentos, un lente, paciencia y clara caligrafía, no se forma un historiador. La Historia es, ante todo, síntesis y es de suponer la intuición, cultura y fineza que requiere esta operación mental. Todavía la Historiografía chilena se alimenta de la orientación que le imprimieron en el siglo pasado Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna, Sotomayor, y se circunscribe a los mismos problemas. Así quien quiera estudiar las costumbres, los gustos artísticos y otros aspectos de la vida social, más que a los historiadores doblegados bajo el farrago de sus documentos públicos, de relaciones de batallas mal contadas porque generalmente los historiadores ignoran la táctica militar, debe acudir a los libros de viajes: Poepig, María Graham, a los costumbristas como Jotabeche y Pérez Rosales. Seríamos injustos si no dijéramos que ya se nota una reacción contra esta manera de sentir la Historia; y toda la vida científica de don Ricardo E. Latcham, por ejemplo, ha estado dedicada a escribir el capítulo inicial de nuestra Historia con sus estudios de Arqueología y Etnología. Por otra parte don Alberto Edwards ha visto de manera sintética y con profundidad y estilo histórico—aunque en absoluta posición conservadora—la época republicana. Otros ensayos de historiadores que se inician

quizá prometen un remozamiento de nuestra Historiografía.

Hemos hablado tanto de este tema porque el libro de Benjamín Oviedo no se circunscribe a narrar la vida particular de la Masonería sino que relaciona ésta con el medio chileno en que se desarrolla. Integra los primeros capítulos una novedosa y clara exposición sobre el estado religioso y espiritual de la colonia en el momento en que aparecían las primeras sociedades secretas en América. Ha completado la documentación que Medina trae a este respecto en su valioso libro *La Inquisición en Lima* con investigaciones más recientes y traza un animado cuadro de conjunto. En algunos de los episodios citados por Oviedo (como el de ese pobre y honesto cirujano francés M. Lagrange que quiso practicar en la Lima del siglo XVIII la fraternidad masónica que había traído de Francia y tiene la debilidad de confiar su secreto a una mulata limeña quien va a contarlo a la Santa Inquisición, con lo que empiezan las desgracias del pobre hombre) tendrían tema para un relato patético los aficionados a la novela histórica. Después, entrando ya al período de la Independencia, Oviedo esclarece el significado y carácter de la famosa «Logia Lautarina» y por un análisis en que nosotros no podríamos seguirlo, concluye que dicha asociación no era masónica. Desde el tiempo de la Logia Lautarina hasta el gobierno de Prieto, se forman en Chile algunas otras sociedades secretas y y hasta pintorescas, que tampoco son Masonería.

Portales combate toda manifestación de sociabilidad reservada y en el período que los historiadores llaman

«autocrático», Oviedo encuentra pocos elementos para su labor histórica. En Valparaíso, hacia 1850, empiezan las actividades masónicas. Primero es un grupo de franceses que añoran en esta costa del Pacífico las sociedades liberales de su tierra y fundan «L'Étoile du Pacifique», cuya influencia no llega hasta los medios chilenos. Pero he aquí que un día desembarca en Valparaíso un curioso personaje que se llama Manuel de Lima. ¿Quién lo había oído nombrar antes? Es un hombre nativo de Curaçao, en las Antillas holandesas, y desciende probablemente de los judíos portugueses que durante la época colonial se ponían a buen recaudo de la Inquisición. Curaçao es una isla que por su vecindad con Venezuela, Colombia, Santo Domingo y demás agitadas repúblicas del Caribe, practica el contrabando con esas repúblicas y refugia a los hombres que huyen de la política criolla y tropical. Los cuarenta mil habitantes de Willemstad, la capital de la isla, son de distintos colores, religiones e idiomas y por estas causas la tolerancia es un producto insular. Don Manuel de Lima enseña a varios grupos de chilenos del año 50 una manera de asociarse conforme ciertos ritos. Da a través de las páginas de Oviedo la impresión de un hombre bien intencionado y ferviente que lleva a todas las sociedades fundadas bajo su impulso una prédica de tolerancia. Esta virtud era necesaria en el Chile de entonces, porque se habían visto casos de áspera intolerancia, como el bullado asunto del súbdito británico Mr. Liddard que contrajo matrimonio con una distinguida dama chilena de la familia Blest. Como los sacerdotes católicos no quisieran casarlo, Mr.

Liddard se fué a un buque inglés anclado en el puerto y contrajo matrimonio según el rito protestante. Grave escándalo religioso. Excomunión mayor lanzada por el Arzobispo de Santiago contra la señora Liddard, nacida Blest. El gobernador eclesiástico de Valparaíso quiere pedir el auxilio de la fuerza pública para separar a la señora de su esposo. Ponen a esta en la disyuntiva de quedar excomulgada—a pesar de que era católica ferviente—o separarse de su esposo. La señora Liddard—razones de amor—, opta por la excomunión.

Detalles de esta índole son los que más nos interesan en el libro de Oviedo porque son muy reveladores del tiempo. Y como la interpretación de estos detalles se prestaría a una adjetivación desconcertante, Oviedo procura que hablen los documentos con su elocuencia escueta.

Otros problemas como el del origen y desarrollo de la instrucción popular en Chile y la repercusión que tuvieron en la prensa y opinión públicas las llamadas «cuestiones teológicas» (principalmente desde el gobierno de Errázuriz hasta el de Santa María), pueden también estudiarse con documentos aportados por este libro. Oviedo no oculta su cálida y decidida simpatía por las sociedades masónicas, pero conserva siempre un tono mesurado y ecuánime. Esta impresión nos da a nosotros que buscamos la visión objetiva de las cosas; probablemente su libro parecerá descompuesto a quienes lo revisen con dogmatismo adverso.

Por la nutrida documentación de este libro, útil para trabajos históricos de toda índole, se nos explican sus

seiscientas y más páginas.—*Mariano Picón-Salas.*

MEDIODÍA. INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA ANDALUZA, por *Gil Benumeya.*

Hay quienes sólo quieren ver una Andalucía pintada en las cajas de pasas, en las etiquetas del vino Jerez—del vino Jerez que justifica por sí mismo la importancia de una región—, en las cupletistas que vienen a América después de los cuarenta años, en Paco Villaespesa después que se cortó la coleta y en los affiches de la exposición de Sevilla. A estas personas yo les recomendaría el interesante—aunque desordenado—librito de Gil Benumeya (1). América en gran parte es andaluza y este elemento andaluz no es en ningún caso desdeñable. Porque se hayan infiltrado en nosotros la tristeza aborigen y las pretensiones de los comerciantes vascos que vinieron en gran número en el siglo XVIII, cuando la América ya estaba colonizada y pacífica y engordaba para la explotación, no debemos afectar una seriedad ridícula. Y porque los andaluces tienen un hermoso sol, cuerpos ágiles, briosos caballos, el dorado vino de Montilla, hacen muy bien en cantarlos y gozarlos.

Así como me repugna el hispano-americanismo auspiciado por congregaciones decrepitas que se ponen a espaldas de la realidad componiendo octavas reales—Academias, Uniones ibero-americanas, etcétera—, me fas-

---

(1) *Mediodía. Introducción a la historia andaluza.* Compañía Ibero Americana de Publicaciones. Madrid, 1929.